

Lun
30
Sep
2019

Evangelio del día

[Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Jerónimo (30 de Septiembre)**

“El que acoge a este niño en mi nombre me acoge a mí”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Zacarías 8,1-8:

Vino la palabra del Señor del universo diciendo:

«Esto dice el Señor del universo:

Vivo una intensa pasión por Sión, siento unos celos terribles por ella».

«Esto dice el Señor:

Voy a volver a Sión, habitaré en Jerusalén.

Lamarán a Jerusalén “Ciudad Fiel”, y al monte del Señor del universo, “Monte Santo”.

«Esto dice el Señor del universo:

De nuevo se sentarán ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén; todos con su bastón, pues su vida será muy larga.

Y sus calles estarán llenas de niños y niñas jugando».

«Esto dice el Señor del universo:

Y si el resto de este pueblo le parece imposible que suceda esto en aquellos días, ¿será también imposible a mis ojos?». - oráculo del Señor del universo -.

«Esto dice el Señor del universo:

Aquí estoy yo para salvar a mi pueblo de Oriente a Occidente.

Los traeré y vivirán en Jerusalén; ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios en fidelidad y justicia».

Salmo de hoy

Salmo 101,16-18.19-21.29.22-23 R/. El Señor reconstruyó Sión, y apareció en su gloria

Los gentiles temerán tu nombre,
los reyes del mundo, tu gloria.
Cuando el Señor reconstruya Sión,
y aparezca en su gloria,
y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones. R.

Quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabaré al Señor.
Que el Señor ha mirado desde su excelsa santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
para escuchar los gemidos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte. R.

Los hijos de tus siervos vivirán seguros,
su linaje durará en tu presencia.
Para anunciar en Sión el nombre del Señor,
y su alabanza en Jerusalén,
cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reyes para dar culto al Señor. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,46-50

En aquel tiempo, se suscitó entre los discípulos una discusión sobre quién sería el más importante.

Entonces Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, tomó de la mano a un niño, lo puso a su lado y les dijo:

«El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado. Pues el más pequeño de vosotros es el más importante».

Entonces Juan tomó la palabra y dijo:

«Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y, se lo hemos prohibido, porque no anda con nosotros».

Jesús le respondió:

«No se lo impidáis; el que no está contra vosotros está a favor vuestro».

Reflexión del Evangelio de hoy

Ellos serán mi pueblo y yo seré para ellos un Dios fiel y salvador

La alentadora profecía de Zacarías evoca todo un mundo nuevo lleno de esperanza. El pasaje de este día muestra cinco oráculos donde se anuncia la salvación, la llegada de un mundo nuevo. Comienza con la manifestación del amor profundo de Dios por su pueblo y concluye con la misma confesión.

Tiene variados matices donde sobresalen ese amor de Dios por Jerusalén, así como su fidelidad. Todos dibujan un ambiente de paz y concordia, producto de esa elección de Dios. La descripción idílica de la nueva realidad que dibuja el profeta —“ancianos y ancianas se sentarán en sus plazas... niños y niñas jugarán en ellas”- puede parecer irrealizable, “pero no me lo parece a mí”, dice el Señor en el oráculo quinto.

Detrás de todos estos oráculos queda patente la fidelidad de Dios. El pueblo no ha sido fiel y se ha extraviado por caminos ajenos a lo que Dios espera, pese a ello, Dios sigue manteniendo su fidelidad y su cariño hacia ese pueblo que es objeto de su amor. La liberación es la manifestación de ese cariño.

En estos tiempos tan fríos y desabridos que nos toca vivir, es bueno para los creyentes volver a recordar que Dios no es un “ser” extraño que nos ha arrojado a la existencia, sino que es un Padre bueno que quiere para todos lo mejor y se dispone a formar con todos ese pueblo donde Él será el Dios fiel y salvador.

El que acoge a este niño en mi nombre me acoge a mí

La ilusión de ser más que los demás, es algo que parece difícil de erradicar en la conducta humana. Tal es así que, tras el segundo anuncio de su pasión, los discípulos no prestan atención a lo que han oído y conversan sobre algo tan trivial como el saber quién será el más importante entre ellos.

Frente a esa preocupación, tan ajena al mensaje de Jesús, Él les propone algo totalmente diferente. Para ello toma a un niño, alguien ajeno a esos intereses, e invita a sus discípulos a acoger la humildad, la inocencia, que desprende el niño. Acoger a alguien así, equivale a huir de ese afán de protagonismo y grandeza. Ese gesto de Jesús es una propuesta a negarse a sí mismo, a huir de la autoglorificación. El niño es ajeno a todo ese mundo artificial en que nos desenvolvemos los mayores y representa al humilde y al débil, al indefenso y al despreciado. Para Jesús alguien así es el más importante en su comunidad. El mayor en el Reino ha de ser el más pequeño y el más pobre. Algo ciertamente difícil de comprender en este mundo nuestro donde la búsqueda de los primeros puestos es algo asumido como valioso. Por eso, el seguimiento de Jesús es un camino arduo que sacude nuestros intereses más primarios. Jesús no invita a infravalorarnos, pero nos previene ante actitudes que buscan centrarse solo en uno mismo y buscar nuestros intereses por encima de todo.

La segunda parte del evangelio nos enseña algo significativo en nuestra vivencia de la fe en Jesús. No es lo más importante ser propietarios únicos y exclusivos de la “marca Jesús”. Jesús pide que se sepa reconocer el bien allí donde está, más allá de ese deseo exclusivista. Él destaca que lo importante es que el reino de Dios vaya abriéndose camino entre los hombres, más allá de atribuciones singulares. Resalta que quien no está contra nosotros está de nuestra parte.

En un momento como éste, tan complejo y tan exclusivista, el evangelio invita a levantar la mirada y dejar de lado marcas para asociarnos a quienes intentan crear de verdad un mundo mejor donde prevalezca la justicia y la igualdad entre todos. Si todos nos unimos buscando el objetivo de servir de verdad a los hombres, el Reino irá haciéndose realidad en nuestro mundo. Sería triste que, como seguidores de Jesús, quisiéramos mantener nuestra exclusividad perdiendo de vista que lo que importa son las personas, especialmente las más pobres, las más necesitadas. Ellas no miran nuestra procedencia; miran el bien que podemos llevarles con el mensaje de Jesús.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.

Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Hoy es: San Jerónimo (30 de Septiembre)

San Jerónimo

Primeros años

Eusebio Jerónimo nace por el 347 en la fortificada ciudad de Estridón, entre Dalmacia y Panonia, ciudad destruida ya en vida del santo por los godos y estrechamente ligada, según parece, a la cultura latina. Su hermano Pauliniano y su hermana, más jóvenes, abrazan como él la vida monástica. Eusebio, el padre, piadoso cristiano de buena posición, le proporciona esmerada educación. De hecho, hacia el 360-67, joven aún, llegado apenas de Aquileya, cursa en Roma con excelente provecho estudios de gramática y de retórica. Bautizado en Roma por el papa Liberio, nada nos dice, en cambio, de las circunstancias que rodearon el hecho. Probó fortuna luego en Tréveris, la ciudad imperial, dejándose ganar por el ideal monástico oriental y llegando a conocer y copiar las obras de San Hilario. Vuelto con Bonoso a su patria en el 370, formó durante algunos años en torno a Valeriano, obispo de Aquileya, una piña con Rufino, Cromacio y Heliodoro que acabaría en riñas provocadas, entre otras cosas, por su afilada lengua de asceta.

Pasa más tarde a la ciudad de Antioquía, durante cuyo cisma Evagrio se había sumado a la reducida minoría ultranicena, encabezada por Paulino: en este ambiente, y tras la experiencia de Calcis, recibe la ordenación sacerdotal, aunque sin compromisos pastorales, pues Paulino buscaba adeptos y no pastores de una comunidad inexistente.

Junto al papa Dámaso

Hacia el 380, Paulino hubo de trasladarse a Constantinopla para solicitar de Teodosio el reconocimiento de su autoridad episcopal: Jerónimo se hace allí oyente de Gregorio Nacianceno, del que hereda la gran admiración por Orígenes, los secretos de la exégesis alegórica y los valores del mundo griego. Uno de sus buenos propósitos será servir de cabeza de puente entre la teología griega y la latina. Dos autores le atraen al principio: Eusebio de Cesarea, con sus trabajos históricos, y Orígenes con su exégesis: el método Orígenes, en efecto, mediante el doble aspecto de comparación del texto original hebreo o griego con las diversas versiones y de profundización en su sentido místico, dejará en él huella perdurable.

La autoridad de sus protectores orientales y el prestigio de su ciencia y su ascetismo le abrieron en Roma muchas puertas y le ganaron no pocas voluntades. El papa Dámaso lo tomó de secretario en la cancellería eclesiástica, poniéndole al frente de los archivos y encargándole de la correspondencia sinodal entre Oriente y Occidente, así como de traducir al latín las Sagradas Escrituras.

El monje de Belén

En el verano del 386, tras la visita a Palestina y a Egipto, es decir, los respectivos escenarios de la Biblia y del monacato, se instala en Belén, lejos de los ruidos de Jerusalén. Al principio de manera provisional, pero luego, al cabo de tres años, de forma definitiva, en el monasterio allí fundado. [...]

La instalación en Belén favorece una intesa actividad literaria: rigurosas traducciones bíblicas, adaptaciones de tesoros exegéticos y, como distracción, alguna que otra novela de hagiografía monástica. [...]

Allí Jerónimo enseña, predica a menudo, escribe obras admirables, alterna la vida, la oración y el estudio defendiendo la ortodoxia frente a origenistas (393-404) y pelagianos, que llegarán a incendiar su convento (417): sólo huyendo puede salvar la vida. En Belén, de todos modos, vive una vida más tranquila que la de Roma. Cuando predica, se dirige a monjes y monjas, parte principal de su auditorio. Que predicara en solemnidades, concretamente en el domingo de Pascua, puede significar que el grupo de monjes latinos, por él patrocinado como presbítero, tenía su culto propio.

Director espiritual del mundo cristiano

El año 393 rompe su silencio epistolar para emprender la que será, en este terreno, la etapa más fecunda. El círculo de corresponsales se dilata; su correspondencia se hace universal; sus cartas ganan los confines de Occidente. Jerónimo será el director espiritual que a todos atiende. El abanico de asuntos es grande, pero hay dos que mueven su pluma con desusada prontitud a la hora de responder: el ascetismo y la Biblia. Buen número de cartas, en fin, afrontan las polémicas entonces abiertas, sobre todo el pelagianismo, la contienda joviniana y el origenismo.

Especial mención merecen sus relaciones con San Agustín. Aquella amistad será entrañable. San Agustín va a ser para el anciano Jerónimo el confidente de los momentos difíciles; con él desahoga el de Belén su preocupación por la amenaza pelagiana de los últimos años, y «no deja pasar hora sin mentar su nombre» (Carta 141).

San Jerónimo fallece el 30 de septiembre del 419, dejando inacabado el comentario de Jeremías, último del ciclo de los profetas. Su fama, la del excepcional transmisor de los textos bíblicos y patrísticos a Occidente, sobrevuela con la altura del cóndor los cielos todos del orbe. Sus obras contienen una documentación griega —exegética, histórica y espiritual— de excepcional magnitud. El eco de su voz resuena por Tierra Santa. Sus cartas navegan hacia Roma, donde dejara tantos amigos, pero al propio tiempo, llenas de luz y calor, llegan a las Galias y a España y a la amada tierra africana de San Agustín. El polvo enamorado de sus restos reposa hoy en la basílica romana de Santa María la Mayor.

Era tan grande su fama ya en vida que los escritos alcanzaban célérica difusión. Él, que había copiado de joven tantos libros para formarse una biblioteca, obtuvo de la generosa Paula un equipo de copistas y se las ingenió como pudo para organizar una tupida red difusora mediante el valimiento de sus amigos romanos y de sus corresponsales. Después de San Agustín es, sin duda, el más fecundo escritor de Occidente.

San Jerónimo es el más grande apóstol del ascetismo antiguo y uno de los hombres más cultos de su época, epistológrafo más que homilista, escriturista más que teólogo, propagandista incansable de la vida religiosa. Su ardiente amor a Cristo le inspiró consagrarse a la divina palabra. Y su capacidad humanística, de corte clásico, alcanzó tal perfección que habría superado a Lactancio en originalidad y potencia expresiva. Gracias a él, la Iglesia latina pudo enriquecerse de los

Padres griegos y leer el texto genuino de las Escrituras Sagradas. Él precisamente es uno de los cuatro grandes Padres y doctores latinos.

Suele afirmarse que se sabía la Biblia de memoria. No extrañe, en cualquier caso, reparando en el dintel de esta lapidaria frase de Jerónimo: «Si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Prólogo al Comentario sobre el profeta Isaías, 1).

Pedro Langa, O.S.A.